

Decid: ¿tenéis mucho que sentir? ¿Habéis ofendido a Dios? ¿Tenéis algo que lloréis?

*Señor, multiplicadas son las pasiones de mi corazón (Ps., 24, 17).* ¿Quién no tiene que sentir? ¿Quién no tiene que llorar de la niñez? ¿Quién hay que entonces hizo algo que ahora no le dé pena? ¿Quién no está lastimado del tiempo pasado? ¿Quién no trae en su corazón hincado un puñal, acordándose de las ofensas de Dios? ¿Quién no tiembla de la hora de la muerte? ¿Quién no teme mucho el temeroso y riguroso juicio de Dios? ¿No anda hincada esta espina en nuestro corazón y en nuestras entrañas: «Señor, si estoy perdonado de Dios? ¿Si estáis bien conmigo? ¿Si os tengo enojado? ¿Cómo me va con Vos? ¿Si me queréis bien? ¿Qué será de mí? ¿En qué tengo de parar?» ¿Quién no es perseguido del demonio? ¿Quién está en paz en este mundo? Todos estamos llenos de guerra.

Que contra todo lo dicho es tan poderoso el remedio que tenemos, que todo es flaco y nada, contra su fuerza. *Aparejónos Dios una mesa en dulzura*, que destierra toda cuanta amargura hay en todo lo demás. Hermanos, el remedio contra todos nuestros males (esto se os asiente en vuestros corazones) Dios-Hombre es. Venid a comer el pan, que os es hoy dado, Dios-Hombre: Hombre, porque lleguéis a Él sin temor, que no os desechará, que se dolerá de vos, que sabe vuestros trabajos, y os consolará en ellos; y es Dios para que sepáis que os puede perdonar y tiene poder para ello, y lo sabrá, podrá y querrá hacerlo. Ase de Él; allégate a Él; recíbelo, que para todo tiene remedio; en todo te ayudará; tú, hermano, ase de Él, que todo es tuyo; que aparejó Dios nuestro Señor mesa contra todos los males, mesa contra todas nuestras necesidades.

#### 4.—*En espíritu blando.*

Bien ha dicho el Profeta: *En dulcedumbre*, en dulzura, en amor y remedio.

Algunas veces la apareja *in spiritu suo duro*.

—¿Qué o cuál es la dureza de su espíritu?

—Leed a Isaias (27, 1). Cuando Dios reprende a alguno, cuando castiga a alguno, cuando lo maltrata,

cuando lo lastima, cuando apareja *vasos* (4) *de muerte* (Ps., 7), cuando ordena castigos de muerte, cuando trata y hace tratar a alguno con rigor de su justicia. todo esto es tratarlo *con su espíritu duro*. No es así acá en esta santa mesa, en este rico convite; sino *en espíritu blando*, en espíritu amoroso, en espíritu de dulcedumbre. No pone en su arco saetas de muerte, saetas de enemistad, sino saetas de vida y de amistad. *Aparejó su arco* (Ps., 7, 13) Jesucristo, su bendito Hijo, puesto en la cruz; desde allí tiraba saetas, que atravesasen nuestros corazones con amor, con fuego de encendido amor y caridad (5).

*Aparejó dulzura* sobre dulzura, amor sobre amor. Dulce y amoroso se nos mostró en la cruz: dulce y amoroso se nos muestra en el altar.

¡Dulce eres, Jesucristo, en la cruz; dulce eres, Jesucristo, en el altar; en todo eres dulce y amoroso!

¿Qué quiere decir: «Que es cosa, y cosa» que *de la boca del fuerte salió dulzura?* (*Judic*, 14).

Halló Sansón en el camino un león, y matólo; y cuando volvió por allí halló en la boca del león un panal de miel. ¿Qué «cosa, y cosa» en la boca del fuerte la *dulzura*? ¿Quién tal pensara, que en la boca del fuerte muerto había de haber dulzura?

¿Quién es este fuerte? El *León de la tribu de Judá*. ¿Quién tal pensara, y quién tal pudiera decir: El fuerte había de morir, y en la boca del muerto se había de hallar la dulcedumbre? El fuerte León murió. El que no podía morir, murió; y en la boca del fuerte estaba la dulzura.

¡Que de la boca del fuerte había de salir manjar para hartar y consolar a los hombres! [Que] nuestro Señor Jesucristo, Hijo de la Virgen, el que anduvo predicando por el mundo, enseñando a los hombres y sanándolos de sus enfermedades, aquel mismo que hacía tantos milagros, que padeció y murió por nosotros, ese mismo, no otro, tengamos acá entre nosotros, y lo miremos con nuestros ojos, y lo tratemos con nuestras manos, y lo recibamos en nuestros corazones! [Que] esté y more entre cosas tan bajas, como nosotros somos! ¿Quién tal pensara, si no estuviera hecho, que

(4) *Vasos*: instrumentos.

(5) Preciosamente desarrolla el autor este asunto en el *Tratado del Amor de Dios*, pág. 21, y en el *Tratado de la Asunción de nuestra Señora*.

a este tan alto Señor lo tratemos, y que lo conversemos, y le cantemos cantares?

No diga nadie, «Dios es riguroso», o que «Dios no es manso»; no lo digas. ¿Que no sabes cómo estás con Dios? No tengas ya temores. no huyas de Él, mira cuál viene, y mira con qué amor viene; no riguroso, no cruel, sino amoroso y manso, y lleno de todos los bienes; y ganoso de te dar a Sí mismo (*Zach.*, 9).

¿Quién sabrá tantear ni pensar aquesto? Una lengua del cielo había de venir para hablar de este sacrosanto Misterio. ¿Habéislo pensado? ¿Habéis caído en ello? Creo que no, ni tal os pasa por el pensamiento. ¡Cuánto (6) habría que estudiar en esto; que sale Jesucristo y va a visitar un enfermo y pobrecito; que no se desdeña aquella Majestad de ir a su casa, y yo no lo hago! Bendito seáis Vos, Señor, que vais sin asco y sin desdén a visitar al buboso, y al pobre, y al llagado, y al leproso; a todos cuantos hay por ahí que os han menester. Señor, que andáis visitando los enfermos, los que hieden, ¡y no os dan en rostro! Aun no os lo digo por lo del cuerpo, que peores y más hediondas enfermedades son las del alma. ¡Oh bondad y paciencia grande de Jesucristo, que quiso morar con tales como nosotros!

Y lo peor es, que *aperuerunt super me os suum, sicut leo rapiens et rugiens* (*Ps.*, 21, 14). En esto veréis quién es Dios, y cuánta fué su paciencia, y cuánto es lo que cada día nos sufre y disimula. Grande fué la Pasión y trabajos que por nosotros padeció, y muchos fueron los tormentos y afrentas que colgado en la cruz padeció; pero mayor espanto es, y mayor su paciencia; pues sufre que comulgue aquel en pecado, y que el sacerdote le reciba y se llegue a aquel santo altar y sacrosanto Misterio, sucio y sin aparejo alguno. ¡Oh Señor! ¡y que te dejas tratar de tales manos! ¡y que tienes paciencia para sufrir que lleguen a Ti! ¡y que llegue a Ti la boca sucia, y las manos sucias, y el corazón que te ofendió! ¡que te tome aquella sucia boca! ¿Qué es sino que *abrió el león su boca para tragarte?* León, y peor que león es el que tiene el corazón airado; y el otro es dragón que tiene el corazón malicioso: y el otro es toro, el que es desobediente. Todos éstos, Señor, todos *te han cercado*, todos *abren la boca para te tragar*; ¡y calla el Cordero

(6) *Cuánto*; la edición de 1596, *Qué*.

manso, calla y no dice palabra, como si lo tratasen manos buenas, y buena boca, y limpio y honesto corazón!

Gran merced fué, por cierto, quedarse acá con nosotros. Grande cosa quedarse el médico para nuestras enfermedades; el médico de nuestras almas y conciencias; el pastor de nosotros que somos sus ovejas: y nuestro padre que nos consuele, y tal arrimo para que nos esfuerce y dé aliento, y nos haga sombra y espaldas en todas nuestras necesidades. ¿Qué nos falta teniendo acá a Cristo? ¿Qué hay que desear? Nada nos falta, todo nos sobra, ricos estamos, sanos y bienaventurados, y llenos de todo bien.

### 5.—*Qué hace Cristo en la Eucaristía.*

Cuenta Baruc (3, 38) por gran cosa, que *conversó* Jesucristo una vez acá *en la tierra con nosotros*, y que habló y estuvo entre nosotros. Mas cierto es, y más hay que espantar de verlo obrar las obras que cada día obra en su pueblo cristiano. Porque entonces en sola Judea *conversó*, y anduvo y predicó; y ahora no solamente en Judea, pero en todo el mundo. ¿Quién os podrá contar lo que acá cada día gana Jesucristo y remedia; lo que levanta, lo que sustenta, lo que anima, lo que consuela? Todo lo mira, todo lo ve, todo lo conoce; lo pasado, lo presente, lo por venir; en todo lugar está, a todo responde. ¡Cuántas veces te da buenos pensamientos! ¡Cuántas, por oír una Misa, por hacer una buena obra—y muchas veces sin hacerla, antes estando descuidado y olvidado de Él—, te despierta y te llama, te da una aldabada que te hace volver como espantado. ¿Qué es esto? Que Jesucristo —¡bendito Él sea para siempre!—te llama, te quiere bien y te busca. Que así se convierten ahora ánimas a Él, como cuando andaba predicando en carne por el mundo, y así obra ahora en las ánimas aquellos milagros y sanidades, como entonces las obraba en las enfermedades de los cuerpos.

¡Cuántas veces te hallas tentado gravísimamente, lleno de miserias, enfermedades, llagado; llégaste a Él, llámaslo, confiéstele, tómaslo en tu corazón sacramentalmente, y quedas consolado, fuerte, lleno de alegría! ¿Qué lo hizo esto? Cosa maravillosa, que así lo hace ahora espiritualmente, como lo hacía viviendo en la carne mortal.

6.—*Contra los deleites mundanos.*

*Aparejado has, Dios, mesa en tu dulcedumbre.* ¿Qué apareja Dios nuestro Señor? ¿Y a quién tal convite, tal mesa llena de tantas y tales dulzuras, llena de tantos remedios para todos nuestros males y para todos nuestros desmayos?

*Grueso es el pan* de Aser (7), *y dará deleite a los reyes* (Gen., 49, 20). Suelen comer los reyes pan muy blanco y muy cernido, amasado de la flor de harina. Así es este Pan; grueso, lleno de grosura, lleno de dulzura; es flor; es masado (8) con mil gracias y bendiciones; si bien lo tomas, si bien lo recibes, alegra, da contento, sana, limpia al que lo come. El pan de acá [el pecado] pocas veces harta; pocas veces sentirás sabor y dulzura y deleite. Si bien te sabe, pagarlo has, porque Él dijo del pecado (Prov., 5, 4): *Más amargo es que los ajenjos.* más amargo que otra ninguna amargura.

—Padre, ¿pues cómo no lo siento eso?

—Eso es más de espantar, pues gran verdad es lo dicho; señales tienes de muerte, pues no lo sientes. ¿Hante herido mortalmente, y no lo sientes? ¿Hante llagado tan cruelmente, y no lo sientes ni te duele? Espera, vendrá la hora de la muerte; vendrá día, cuando todas las cosas se vean en su propio sentido, y se conozcan verdaderamente; y tan grande como fué tu descuido, tan grande será el castigo y tormento que durará para siempre jamás; lo que presto y en un momento se acabó, durará su pena y tormento cuanto Dios fuere Dios, que no habrá fin. ¡Oh malaventurado el que por tan pequeño rato se atreve a echar sobre sí penas eternas, penas que nunca se han de acabar, penas que no han de tener remedio! Que esta es la mayor pena que los malaventurados han de tener; la certidumbre que tienen que aquellos tormentos y penas no han de haber fin ni remedio, ni jamás han de salir de allí, ni han de gozar de bien alguno.

Nace el río Jordán en el monte Líbano, corre con grandísima prosperidad y frescura; y el que nace en

---

(7) *De Aser*; así el texto bíblico; la edición de 1506, *del Rey Asuero*.

(8) *Masado*: amasado.

monte tan lindo y tan oloroso y tan tenido (9) y nombrado de todos, va a parar y acabar en la hediondez y suciedad del mar Muerto. ¿En qué andas? ¿En qué piensas? ¿En qué han de parar tus vicios y tus deshonestidades? Aunque muy florido y muy próspero te parece que estás; aunque se hace ahora todo a tu contento, vendrá un día, vendrá una hora en que se acabe esa corriente de maldades que tienes, y no puedas más murmurar, no puedas ser más deshonesto, no puedas más robar, no puedas más trasegar (10). Acabarse han tus males, acabarse han todos tus deleites; pero no se acabarán los tormentos que por ellos te darán para siempre (*Joel*, 1, 5): *Espersgiscimini ebrii.* «¡Despertad todos, llorad y lamentad, todos los que bebéis vino en dulzura, porque pereció de vuestra boca! Los que estáis fuera de seso, los que estáis embriagados con el vino de las cosas y placeres de este mundo, ¡despertad! Los que no tenéis cuenta con Dios, los que ahora os reís, los que jugáis, los que andáis en pasatiempos, y en alegrías, y en convites, en comidas y en bebidas, ¡lloraos, mesaos!, que día vendrá que os quiten la copa de vuestra boca; día ha de venir que se acabe todo esto a vuestro pesar.

Di, ¿para qué quieres gozar de cosa que tan caro te ha de costar y tan presto lo has de perder? Mira que eso en que ahora te deleitas, eso que tanto te agrada, eso que parece que viene con hábito de amigo, enemigo mortal es; finge ser tu amigo, finge ser dulce, finge que te quiere bien; y es amargura, y es tu capital enemigo. Míralo con cuidado, míralo bien; no mires a ló que parece, sino a lo que viene escondido; parece hermoso pero encerrada trae gran fealdad. Cuando te viniere a engañar, dile: ¡Ah, traidor, que bien os conozco! Convidáisme con amistad, y sois mi enemigo como otro Joab (2 *Reg.*, 20, 10); decís que traéis vida, y traéis muerte; decís que habéis de durar mucho, y antes que comencéis sois acabado.

### 7.—*El hombre come Pan de ángeles.*

¿A qué propósito esto? Los que sois amigos de riquezas, los que sois amigos de honra, los que queréis

(9) *Tenido*: estimado; tenido en tanto.

(10) *Trasegar*: trastornar.

tener y gozar de deleites, los que queréis ser regalados, veislo aquí todo eso, veis aquí riquezas, veis aquí honra, veis aquí deleites y regalos. Todo cuanto desees, todo cuanto buscas, todo junto está aquí en este convite; pan dulce, pan sabroso para el pobre, para los reyes. Hay hombres tan delicados, tan regalados, que no pueden comer sino manjares así delicados. A los señores y a los reyes, el mejor pan y el más blanco se les da, grueso, deleitoso.

¿Qué es esto que habéis hecho, Señor, entre nosotros? ¿Qué misericordias son éstas? ¿Quién lo podrá decir? ¿De este arte vino el maná? Estaban los judíos muy ufanos porque el Señor les había dado aquel pan. Dijo Jesucristo: *El Padre eterno os dió este Pan, no del aire, sino pan del cielo (Jn., 6, 22)*. ¿Qué queréis decir? Que dió Dios a los hombres *Panem angelorum (Ps., 75, 25)*. Dióles pan de ángeles, pan de dulzura. *O res mirabilis! Panis angelicus fit panis hominum!* (11). ¡Oh cosa admirable! ¡Oh cosa nueva y muy maravillosa, que el pan del cielo, el pan que allá comen los ángeles, coman acá los hombres! Gozan los ángeles de este bendito Pan, y comen de él y gozan de la divinidad de Jesucristo, y gozan de su santa humanidad; y este gozar es comer y ser bienaventurados.

—Padre, si es pan de reyes, ¿cómo se da a los pobres? Si es pan de altos, ¿por qué se da a los bajos? Si es pan del cielo, ¿por qué se da en la tierra? ¿Qué mercedes son estas que le hacéis al hombre? ¿Qué misericordias estas que le concedéis?

—Cuando Dios crió a nuestros padres primeros en el paraíso, dióles manjares con que se mantuviesen. que fueron aquellas frutas. ¡Qué gran merced fué, Señor, la que entonces hicisteis en darles manjar! Pero también se lo disteis a las bestias, que todas comían de él; no es eso grande honra. Si me convidase el Emperador o el Papa y me sentase a su mesa, ésta sería honra; pero sentarme con una bestia, no fué aquella honra, sino aquésta que Jesucristo nos hizo cuando dijo: *Tomad y comed: este es mi Cuerpo*. Ahora nos sentamos a una mesa los ángeles y los hombres; todos comemos un manjar, todos comemos de un pan y de una dulcedumbre.

Pues que todos comemos de un manjar, ¿en qué

diferimos? En que los ángeles comen clara y abiertamente, y los hombres lo comen por fe.

*Aparejado has, Señor, al pobre, manjar en dulcedumbre.* Si no tienes qué comer, si no tienes qué vestir, si estás muy pobre, si estás afligido, si tienes fatigas, si estás lleno de tentaciones, mira y goza de estas palabras. *Aparejaste al pobre, Señor, en dulcedumbre.* ¿Qué quiere decir esto? Que así como el pan que envió Dios del aire, el maná que envió a los hijos de Israel, era tal y de tanta virtud, que los mantenía y cumplía sus apetitos y hartaba, dándose a cada uno en aquella forma de sabor que había menester y lo deseaba, así ahora este Pan bendito, este Pan de ángeles, este Pan del cielo da alegría y consuelo, y enriquece, y sana, y da vida, y resucita; finalmente, que en cada uno obra lo que ha menester. ¿Que te falta consejo? Ven a Jesucristo. ¿Estás pobre? Ven a Jesucristo. ¿Estás tentado? Ven a Jesucristo. No haya cosa, no haya necesidad, con la cual no vayas luego a Jesucristo; en Él y no en otro, está el consejo, el remedio y ayuda contra todos los males, y el que sabe, puede, y quiere darte y hacerte todos los bienes.

Tocó Jonatás con el cabo de la vara a la miel, y en gustándola se le alumbraron los ojos (1 *Reg.*, 14, 27), y luego vió, y tomó esfuerzo. Ciego estás; pero luego en tocando que toques (12) aquella dulcedumbre del Cuerpo de Jesucristo, luego serás alumbrado de tus ignorancias, y serás fuerte para [per]seguir a tus enemigos. Anda a Cristo con todas tus necesidades, ve a Él, y saberte ha a todo lo que has menester; cómelo, recíbelo.

—¡Oh Padre, que estoy muy tentado de la carne; en grande aprieto me pone; rocío del cielo he menester, que mate y apague en mí el fuego de los deseos malos y tentaciones.

—Ve, hermano, al Cuerpo de Jesucristo, llégate a él, que allí está tu remedio. Mirad no se os olvide esta palabra, acordaos de ella para siempre: La carne de Jesucristo nuestro Señor tiene más fuerza para las tentaciones de la carne, que otro ningún remedio; mata las concupiscencias y desordenados y malos movimientos; destierra los malos pensamientos, y como agua, mata y apaga el fuego de nuestros corazones. Más fuerte es esta carne virginal de Je-

(12) *En tocando que toques: apenas toques.*

sucristo para darnos fuerza y gracia, que la de Adán para enflaquecer y matar. Mayores fuerzas hay en Cristo para vencer, que en demonios, mundo y carne para tentar. Vete, hermano, vete a Él, no pierdas tanto bien (13).

### 8.—Preparación para comulgar.

—Padre, ¿qué haremos para gozar de aquella mesa?

—Que pues Dios con tanto amor se ha aparejado, también tú, hermano, te aparejes, que te laves las manos, que limpies tus obras; porque gran limpieza y gran cuidado se requiere para llegarte a tan gran limpieza. ¿No veis cómo el sacerdote se lava los cabitos de los dedos cuando dice Misa? para dar a entender que aunque esté limpio, todavía es menester limpiar los extremos de los dedos cuando dice Misa, que son los pensamientos. Las cositas, por pequeñas que sean se han de limpiar. Y hemos de estar muy recogidos, recogidísimo y hecho ángel ha de estar el que allí fuere al altar a decir Misa, y tratar a Jesucristo con sus manos.

Cuando nuestro Señor quiso dar la Ley a su pueblo dijo a Moisés (*Ex.*, 19): *Diles de mi parte, que se limpien, que aviven, que estén con grandísima reverencia.* Pues si para ir a recibir la Ley que le daba un ángel, era menester tanto cuidado y tanto aparejo. ¿qué tal os parece que debe ser el aparejo que se requiere para tomar al Dador de la Ley, y para tratar con nuestras manos y mirar con nuestros ojos el Cuerpo y Sangre de Jesucristo? Hermanos, si queréis, estos ocho días nos aparejemos, y tengamos un poco de cuidado y de agradecimiento a las misericordias del Señor; no pequemos, no murmuremos, no seamos sucios; y todo por su amor, y por reverencia del mucho amor que Él nos tiene, pues se quiere estar entre nosotros.

¡ Señor, siquiera por esta merced de estar ocho días así como estás entre nosotros, no quiero pecar, quiero dejar de ofenderte!

¡ Oh, si vieres aquellas entrañas de Jesucristo nuestro Señor cuáles andan encendidas y abrasadas en el amor de los hombres, y aquel Real Corazón tan amo-

roso para ti, y por ti, que si fuese menester que lo azotasen, y coronasen, y le pusiesen otra vez en la cruz por ti, de muy buena gana lo haría por ti, como lo hizo el Viernes Santo!

¡Que vengas Tú a mí a convidarme, Cristo, y a rogar-me, y que vuelva yo las espaldas! ¡Que llames, y que me haga sordo! ¡Que me ames, y que te aborrezca! ¡Que me hables, y que no responda! (14). ¿Qué es esto, hermanos? ¿qué es esto? ¡Vergüenza, vergüenza! Por reverencia de Jesucristo, siquiera esta santa Pascua os aparejad, y os limpiad, para que cantemos y hagamos fiesta, y demos muchos loores y gracias a Aquel que tantos bienes y misericordias nos ha hecho en esta Pascua—que así se llama—; para que os perdone, para que os consuele, para que os dé fuerzas. No se pase en balde y sin fruto esta gran fiesta; no se pase sin que recibáis mercedes, sin que recibáis dones, que dároslos ha, y haceros ha misericordias.

---

(14) *No responda; la edición de 1596, me haga sordo.*

## TRATADO 23

### UN CASO DE CONCIENCIA SOBRE LA COMUNIÓN.

*Pregunta: Si alguna persona pidiese a su Prelado o cura que lo comulgase muchas veces en el año, si el tal Prelado o cura es obligado a comulgarlo cuantas veces lo pidiere, no habiendo legitimo impedimento.*

1. Mi parecer (salvo mejor juicio) es, que no habiendo legitimo impedimento, el Prelado (en nombre del Prelado entiendo cualquiera que tiene cargo de administrar el Santísimo Sacramento de la Eucaristía) es obligado a darlo a su súbdito cuantas veces le pidiere. Lo uno, por razón del nombre, que es *sacerdote*, que *da cosas sagradas* o Sacramentos; ¿y cuál mejor, ni tal como el de la *Comunión*?

Lo segundo por razón del amor que debe tener a Dios. *Si le ama, apaciente sus ovejas (Jn., 21)*. ¿Y qué pasto? El que el mismo Dios dice: *Mi Carne es verdaderamente manjar (Jn., 6)*.

Y el que este Santísimo Sacramento niega, es *injusto*, porque le niega lo que con tanta justicia se le debe, como Santo Tomás dice, que «El cristiano tiene tanto derecho para pedir el Santísimo Sacramento, que ni su Prelado se lo puede negar, si no fuese por pecado público. Pidiéndoselo en público se lo ha de dar; cuanto más debe al que con devoción se lo pide.»

Es *cruel*, porque quita el pan a su hijo, al cual es obligado a mantener con manjar espiritual, mucho más que el padre carnal a su hijo con pan material, de quien dice el Apóstol San Pablo (1 *Tim.*, 2) que *el que no tiene cuidado de los suyos, mayormente de los de su casa, es peor que infiel*.

2. ¿Pues qué diremos del Prelado que no trabaja y procura que sus súbditos frecuenten la *Comunión*, y

más cuando ellos la vienen a pedir con devoción, no habiendo impedimento y la niega y no se la quiere dar? Que pues la Escritura (1 *Reg.*, 2) condena a *grave pecado* los muchachos que apartaban a los hombres del sacrificio; no con menos razón debo condenar al tal Prelado, que niega el pan de vida a su hijo, a pecado. No siento excusa que le poner, sino traerle razones que manifiesten su ceguedad, y que a dar la comunión le compelan. Lo uno, porque la comunión siempre es buena de parte del Sacramento, y por eso hace bien de comulgar; porque de la disposición interior, ninguno hay mejor médico que cada uno de sí mismo, viendo que aprovecha en amar a Dios, y en virtudes, no quitándole la reverencia. Que presunción es grande pensar de uno que viene indispuerto y mal aparejado. Aunque otro pecado no hubiese sino éste, es grande.

Cuanto más que le estorba tantos bienes como de la santísima Comunión alcanza. Alcanza salud para el ánima, medicina espiritual para las enfermedades, con que sus vicios se curan, sus pasiones se refrenan, las tentaciones se vencen y disminuyen; dase mayor gracia, la comenzada se aumenta, la fe y esperanza cobran fuerzas, la caridad se acrecienta, impídese de caer.

Yo no sé por qué ponen tasa en la Comunión, pues el glorioso San Agustín (1) no osa condenar a los que comulgan cada día, ni reprender; y la causa es, porque si está aparejado, es bueno; y si no es malo. Y también amonesta, que comulguen cada domingo; y esto no a sacerdotes, sino a todos los cristianos. Así lo entiende Santo Tomás en la tercera parte. Pues si este glorioso Santo no osa reprender, antes lo amonesta, ¿por qué el Prelado lo veda, o no lo quiere dar, que es más que reprenderlo? El Prelado que tal niega, ni es aparejado para comulgar a ninguno que comulga, ni lo procura de estar, y así no se puede contar entre los siervos de Dios, y hace contra los Doctores sagrados, y contra la inspiración del Espíritu Santo, y contra la caridad, que es fin de todo mandamiento, y daña a su oveja, y hace contra la institución de la Iglesia. La cual en decir que todos los fieles comulguen, a lo menos una vez en el año (2), da claro a en-

(1) *Lib. de Deffinit. Orthodox. fidei*, c. 21.

(2) *C. Omnis utriusque sexus*.

tender que no estorbe, antes aconseje; y estas veces no tasa diciendo, *tantas veces*, mas cada y cuando que uno viniere aparejado para ello. En otros tiempos era mandamiento de la Iglesia so pena de ser alanzados de ella quien no comulgase cada día de domingo después de haber comulgado el sacerdote; y después fué mandamiento comulgar las tres Pascuas del año, y ahora una. Y aunque aquellos mandamientos no obliguen como mandamientos ahora, quedan como buenos y santos consejos de la misma Iglesia; y quien a este mandamiento pone tasa, presuntuoso es, y no conforme a su Madre la Iglesia, pues quita el pan a quien ella no lo quita.

Y es tanto mal poner esta tasa a la Comunión, que no solamente va contra los Doctores de la Iglesia, mas aun contra el mismo Dios. Pregunto: cuando alguno dice con devoción que le comulguen, ¿de dónde diremos que procede el movimiento de aqueste que pide la Comunión? Claro es que no del demonio, pues es obra tan contraria a él, que dice San Ignacio en una de sus epístolas que por la frecuentación de este Santísimo Sacramento son reprimidas las fuerzas de Satanás. Y San Juan Crisóstomo (3) dice que «cuando salimos de comulgar, salimos terribles a los demonios, como leones que echan llamas de fuego». Y si decimos que es de movimiento humano, tampoco; porque no es de hombre creer el Santísimo Sacramento, siendo un Misterio en que tan poco valen los sentidos y razón natural, mas es obra de pura fe infundida de Dios. Y quien con devoción lo pide, da testimonio que lo mueve Dios a creer y a que lo ame. Y de este comulgar se sigue que quiere perdonar a los que mal quiere, y pedir perdón a los que había enojado, y enmendar su vida, y crecer en buenas costumbres; que así lo hace quien bien se apareja. Pues el deseo y propósito firme de salir de pecados, y enmendar su vida, y ponerlo por obra, y creer el misterio de la Eucaristía, no es pues este movimiento humano, mas del Padre Eterno, del cual dice el Hijo (*Jn.*, 6): *Ninguno puede venir a Mí, si mi Padre no le trajere*. Y es también del Hijo, del cual se dice que es sabiduría que alumbra el entendimiento con fe; del Espíritu Santo, el cual mueve el amor; y por mejor decir, es de la Santísima Trinidad, que indivisamente mueve al

(3) *Homil. 61 ad pop. antioch.*

hombre al bien. Pues veamos: ¿quién será aquel que ose vedar su buen propósito a éste que viene a comulgar? ¿Qué fuerzas tenemos para contradecir a quien nos crió, que mueve a éste para aquella obra que el Prelado estorba?

Y si decimos que no sabe que le mueve Dios, respondo que pareciendo en él devoción, y no estando en pecado público, hase de creer que viene movido por Dios; y resistir a esto es resistir a Dios, y es digno de muy grave penitencia.

Una cosa tengamos por averiguada; que le demandará Dios todos los pecados que éste hiciere porque no comulgó, y todos los bienes que deja de hacer, los cuales es cierto que no son pocos; porque no hay persona que no se aparte de algunos males y haga algunos bienes en la Comunión. Todo lo cual se quita a Dios, y *en lugar de coger, derrama (Mt., 12)*. En especial, siendo el oficio del Prelado encender en amor de Dios, enfría lo ya encendido; y siendo puesto para hacer crecer, quita el mantenimiento; y finalmente, habiendo de *ser con Cristo, es contra Él*.

Si quitar al prójimo el pan, y la vestidura que ha menester, y el fuego con que se calienta, y quitarle el consejo y otros semejantes bienes, es contra la caridad, ¿qué será quitar al prójimo, no pan de tierra, sino de cielo; no para vivir cuarenta años, mas para siempre? Y si la restitución ha de ser conforme al bien que al prójimo se quita, ¿qué se podrá restituir al que quita al mismo Dios? Quitase al prójimo fuego con que se calienta cuando está tibio. Como dice Juan Gersón, no hay ejercicio con que más se encienda la devoción, como la sagrada Comunión. Y no es menester para esto alegar Doctores, porque un rufián dirá que cuando comulga se halla más devoto. Y no sólo es fuego que gasta nuestra tibieza, mas es vestidura que nos cubre; Maestro que enseña, a los que lo reciben, muchas cosas que ignoran; es consuelo de tristes, fortaleza de flacos; es dador de innumerables mercedes a la posada donde es recibido; y esto no lo limita una vez en el año o en el mes, mas cada vez que le dieren posada la paga muy bien. Oso decir que no hay mayor bien que éste que al prójimo se quita, porque es el mismo Dios. Y pues Dios manda (*Rom., 12, 20*) que *si tu enemigo hubiere hambre le des de comer*, ¿por qué se le quita este pan, no a enemigo, sino a amigo, e hijo espiritual, mayormente pidiéndolo con

tanta devoción? ¿Por qué niegan al que es todos los bienes?

Cuanto más que es cosa acaecidera, que cuando éste viene a comulgar traiga alguna grande necesidad y venga por remedio a la Comunión para no caer en algun pecado mortal. Los experimentados saben bien esto, que no hay tal remedio en los remedios, para cuando uno anda en cometer algún pecado, como traerlo a confesar y comulgar, porque allí recibe medicina preservativa para no caer. Pues si viene con esta necesidad, si se le quita el remedio tan necesario y cae en pecado, cierto es que aquel fué causa de su pecado, que le quitó su remedio, y comprenderle ha lo de San Ambrosio: «Si no dieres de comer al que muere de hambre, tú le mataste.» De donde parece cuánto mal está encerrado en estorbar o no dar la comunión cuantas veces el cristiano la pide, no habiendo impedimento, si viniese el prójimo [por no comulgar] a cometer pecados mortales, siendo obligado a perder la vida por evitar uno, mayormente siendo su hijo. Aunque otra razón no hubiese mayor que ésta para decir que tal Prelado hace mal, es ésta muy suficiente para lo afirmar, pues está aparejado para negar indistintamente el remedio que puede librar de pecado mortal a su súbdito.

Y si alguno dijere que aunque el comulgar sea muy buen remedio para no pecar, pero no necesario, porque sin comulgar puede remediar que no peque, respondo a esto: Lo uno, que no es esa voz de Prelado; que él ha de dar a su oveja el remedio mejor y más fácil que pudiere hallar. Lo segundo, porque aunque otro remedio sea posible, puede ser el caso tal, que probablemente se puede creer que comulgando alcanzará preservación de pecado por la gracia que en el santo Sacramento se da; y no comulgando pecará, aunque pudiera no pecar si quisiera. Todo lo cual puede acaecer muchas veces por ser tanta la diversidad de las conciencias; y por eso cerrar la puerta a todos, sin saber las necesidades de cada uno, ¿qué otra cosa es sino negar el remedio que librara del pecado, y dejar el pastor a su oveja en la boca del lobo?

Y si el Prelado tuviese el celo que del aprovechamiento de sus ovejas debe tener, él rogaría que muchas veces comulgasen; que, según la experiencia, tanta diferencia hay de los que comulgan a los que no,

como de buenos a malos. En lo temporal no hay hombre que no desee que su viña sea la mejor que pudiese. ¿Cuál es el Prelado que no desea que sus súbditos sean muy perfectos, pues que es obligado a procurar la bondad y remedio de ellos? Y el que esto no hace, da causa que piensen de él, que no quiere el aprovechamiento de las ovejas, sino el esquilmo de ellas, y que las quiere llevar por el camino de la perdición en que él va.

Y no solamente es dañoso a sus súbditos, que les quita este bien, mas a los vivos y difuntos; por los cuales ruega uno comulgando con mayor eficacia que sin comulgar. No se sirve a Dios en quitarle el servicio que con comulgar recibiera; hace contra su propio oficio, que es despertar a la perfección; es causa de muchos males, e impedimento de muchos bienes, y quiere medir con una medida a los que son muy diferentes. Aunque algunos hay que no les está bien comulgar sino de año a año, entre muchos hay de muchas maneras; hay algunos aprovechantes, y otros muy perfectos; y así no se deben llevar por una regla, pues se muestran en sus buenas costumbres.

Y si alguno hubiere que se escandalizare de ver comulgar muchas veces a su prójimo, digo que este escándalo es gran mal, que no se debe creer de ninguno que cristiano sea. Y si alguno hubiere tan malo, que de lo que había de tomar ejemplo se escandalizare, no se debe hacer caso de aquel escándalo, mayormente que es escándalo de fariseos.

Estas cosas miradas, no se debe negar la comunión, sino rogar que todos comulguen y se aparejen cada día (4).

---

(4) Para entender el alcance de este Tratado 23, óigase a Fray Luis de Granada *Vida del Padre Maestro Avila*, parte II, párrafo 8.º: «Predicó muchas veces encomendando la frecuencia de la Sagrada Comunión, y esto en tiempo que no la había en la tierra. Por lo cual padeció muchas persecuciones, así de los perlados como de otras personas que extrañaban este negocio... Mas... se opuso contra todo el torrente del mundo, teniendo por dichas las tempestades que por esta causa contra él se levantaron.»

## TRATADO 24

### EMPEÑO DEL AMOR DIVINO.

(Fragmento.)

Yo los traeré en las ataduras  
de Adán.

(Os., II, 4.)

#### 1.—*Lucha el amor divino con nuestra ingratitud.*

Es tan grande nuestra ceguedad, que gozando de una lumbré, no miramos la hacha de donde viene, conforme a los animales que pacen la hierba sin alzar los ojos a agradecerlo a quien se la da. Grande es la ceguedad del humano corazón, y de la ceguedad le viene la dureza. Porque, pues una piedra es cavada con dar muchas veces gotas de agua en ella, más sería ablandado el corazón, si conociese cuán sin cesar recibe mercedes de la mano de Dios nuestro Señor. La piedra no siempre es herida con la gota de agua; mas acá no hay momento en que la misericordia y largueza del Señor no esté lloviendo en ti nuevas mercedes. ¿Qué se dirá a esto, sino lo que con mucha razón dice Dios, que *los traía en sus brazos, y ellos no conocieron que Él tenía cuidado de ellos* (Os., 11, 3); y no lo conociendo, son hechos olvidadizos, y de olvidadizos desgraciados e ingratos?

Y es tanta la bondad del Señor, que aun pasa adelante en su bondad, no obstante nuestra maldad; nosotros a olvidarle; y Él a hacernos mercedes, para que así provocados, dejemos un día u otro nuestra dureza, y le seamos blandos, agradecidos y humildes. *Yo los traeré—dice Dios—en cuerdas de hombre, y en prisiones de amor.* ¿Y qué son cuerdas para traer a hombres? No sogas, no maromas, sino beneficios; porque más fuerte cosa es para traer a hombre, si insensible

no es, el verse beneficiado de mano de otro, que una muy recia maroma para traer al animal. Multiplica Dios mercedes dándonos bienes de diversas maneras para que vayamos a Él; y todavía nuestra maldad olvida sus dones, y con parecerle que son cosas usadas, no mira en ellas, cuánto más agradecerlas.

¿Qué haréis, Señor, que no hay cuerda que lleve a vos gente tan desagradecida? El yugo rompen; de Vos se olvidan días sin cuento.

*Yo los atraeré*—dice Dios—*con prisiones de amor.* ¿Y qué son éstas, sino los beneficios que Dios nos hizo descendiendo del cielo, haciéndose nuestro hermano, y trabajando y muriendo por nos? Estas cadenas son prisiones hechas con amor, y tal amor que no lo hay mayor, pues quiso dar su vida por el bien de los que amó.

¿Qué dirás aquí, corazón humano? ¿Olvidarte has de tu Dios, acordándose Él tanto de Ti? Acuérdate de Él con la penitencia, y tendrás parte en lo que Él padeció y ganó; porque no por otro canal ha de venir a ti el fruto de su Pasión, sino mediante el acordarte de ella, y el hacer penitencia. Porque si la olvidas, tanto es para ti como si no la hubiera pasado; el olvido, muerte es de la cosa olvidada, cuanto toca al olvidadizo. ¿Qué me aprovecha que haya Dios, si yo de Él no me acuerdo?

¿Qué será la justicia de esto, sino que, como habiendo un Dios que en Sí es tan inmenso, tú lo olvidas como si no fuese nada, y haces que *no sea* en tu acatamiento *el que es* verdaderamente en todo y sobre todo; así para lo que a ti te cumple, para ser bienaventurado en Él, será Dios para ti como si no hubiese Dios? Sentirlo has, para castigarte, muy recio. fuerte y omnipotente; mas para tu descanso, como si no hubiese Dios; y esto con mucha razón, pues tú le deshiciste en tu memoria cuanto en ti fué.

¡Oh miserable de quien, Señor, te olvida! ¡Y cuán mal le irá cuando Tú te olvidares de él! ¡Oh humana maldad, y hasta dónde has llegado, que siendo derramada la Sangre del Señor por ti, aun la pones en olvido, y la echas tan atrás de ti, como si fuera sangre de algún animal, o no por ti derramada! Traes el corazón lleno de mil vanidades, indignas de ser en ti recibidas, y desechas la memoria amorosa de la Sangre, con la cual tendrías vida, y vida muy limpia. Con razón se queja el Señor en persona de Job (16

19) diciendo: ¡Tierra, no cobijes mi Sangre!; porque se siente muy ofendida y afrentada en que sea ella olvidada. ¿Y por qué? Acuérdaste de las cosas terrenas, y olvidas lo que el Señor por ti padeció. *La tierra cobija su Sangre*, pues la tierra está encima en tu memoria, y la Sangre hollada, y por causa de la tierra, olvidada. ¿Qué más queda por hacer para despertar tu olvido, si beneficio tan grande no te despierta? Quien a esta voz duerme, no es dormido, sino muerto; no es hombre, sino piedra; y no piedra, sino demonio, pues las piedras no pudieron sufrir golpe de tanto amor, pues se quebraron, ¡y no lo siente el corazón por quien la Sangre se derramó! ¡En gran trabajo, Señor, estáis con estas ánimas olvidadas!

## 2.—Viene el Esposo.

¿Qué hará un marido que tiene una mujer moza, hermosa y liviana, y que le conviene ausentarse de ella, y la quiere bien? ¿Qué descanso ni contento tendrá el corazón de éste en ausencia, pues tantas razones tiene de temer el olvido de su mujer, la cual él quiere que de él se acuerde? Solicítala con mensajeros, con cartas, con dádivas y tan continuas, que antes que un mensajero salga de casa de ella, otro es venido con cartas, ruegos y dones. Y si la liviandad de ésta es tanta, que no tiene cuenta con el ausente marido, sino vásele el corazón tras lo que presente ven sus ojos, ¿qué le aconsejarán los amigos de este ausente; sino que, pues todo está tentado y nada le aprovecha, que dejado todo negocio, se venga él a estar presente con ella, pues es tanta su liviandad, que aun en los mismos criados que el marido le enviaba para que ella se acordase de él, ponía ella los ojos no castos, alzándose con aquello que había de ser medio para que a su marido amase?

«Yo quiero ir—dice el marido—; que pues es mi mujer legítima, las entrañas se le moverán en viéndome a mí, y olvidará cualquier amor extraño que haya en mi ausencia tenido.»

Viene el marido con entrañas de amor a despertar la memoria amorosa de su mujer; y si a su presencia no respondiese con memoria de los beneficios que estando ausente le hizo y con el amor que le debe,

¿en qué lugar de maldad pondríamos ésta, y en qué tormentos de infierno estaría bien castigada?

¡Oh Señor! ¿y qué hacéis Vos, esposo de nuestras ánimas? Tales son cuales Vos, Señor, las conocéis, vanas, livianas, y que nos vamos tras lo que vemos. ¡Qué de carros de Escritura sagrada nos habéis enviado! ¡qué de predicadores que de vuestra parte nos amonesten no olvidemos a nuestro legítimo Esposo; sin otros mensajeros mas secretos que Vos, Señor, enviáis, hablándonos en nuestros corazones que nos acordemos de Vos! ¿Quién hay de nosotros que no haya sido muchas veces amonestado en el rincón de su corazón de vuestras suaves palabras para que dejemos el mal camino y nos tornemos a Vos? ¿Quién, si quiere mirar en ello, habrá que no haya recibido de Vos particulares mercedes de vuestra parte, ya en cuerpo, ya en ánima? Y aunque unos más que otros, todos han recibido muchas, ¡y a todo nos hemos hecho sordos, ciegos y tontos, tomando lo que nos dais, y con ello nos olvidamos más de Vos! Muchos ha habido que, antes que de Vos recibiesen lo que deseaban, eran humildes, devotos y cuidadosos de su salud; y cuando lo recibieron se enamoraron tanto de ello, que por ello olvidaron a Vos. ¡Así, Señor, os servimos vuestras mercedes, dejándoos a Vos por ellas!

Grande es vuestra bondad que esto sufre, grande, en buscar todavía el bien de esta vuestra esposa. Muy fuertes son vuestras ataduras; y viendo que todo no aprovecha, venís Vos mismo en persona a ponerlosle delante para que os conozca, ame y se salve. Al cielo convenía que fuédeses; en peligro está vuestra esposa, ausente Vos; determinasteis de quedaros en el altar, para que viéndoos ella con ojos de fe, creyendo que Vos mismo que en el cielo estáis, acá estáis, se le mueva el corazón, y recibiéndoos diga: «¡Oh Señor y Esposo mío, Vos sois el que tantos bienes me habéis enviado; Vos el que por mí os hicisteis hombre y moristeis en cruz; Vos de cuya mano yo tantos bienes generales y particulares he recibido!» Y así con su presencia se acuerde el ánima de todos los beneficios que en ausencia le ha enviado.

Y si uno estando ausente nos enviase muchas dádivas, y después viniese a nuestra casa, todo lo recibido se nos renovarí, y le daríamos gracias por cada cosita, con David (Ps., 135). Así ha de hacer el ánima cuando comulga, agradecer al Señor lo que por ella

pasó y lo que de su mano ha recibido, y tomar la presencia del Señor en este Sacramento para remedio contra su olvido, porque para esto lo ordenó el Señor, según Él dijo: *Haced esto para acordaros de Mí* (Lc., 22, 19). Porque tiene Él tanta *fiucia* (1) en lo que nos ha hecho, que si de ello nos acordamos, cierto, le seríamos agradecidos; y por esto dice que nos acordemos de Él, y se queda acá para ello (2).

¡Y ay de aquel que ha olvidado lo que le fué dado para remedio contra su olvido! ¡Y bienaventurado aquel que con frecuente memoria se acuerda de este divinísimo Sacramento, y con humilde devoción le recibe, porque con él le vendrán todos los bienes!

---

(1) *Fiucia*, o *fiucia*: confianza.

(2) Véase el Tratado 3.º, n. 9.

## TRATADO 25

### LA COMUNIÓN REALZA NUESTRAS BUENAS OBRAS.

*Parasti in dulcedine tua pauperi, Deus.*

Aparejaste, Dios, en tu dulzura para el pobre.

(Ps. 67.)

#### 1.—Grandes efectos ha de obrar tan gran Sacramento.

Tienen esta excelencia los Sacramentos de la Nueva Ley sobre los de la Vieja, que a éstos llama San Pablo (*Gal., 4, 9*) *elementos pobres y flacos*, porque aunque significaban la santidad, no la daban; mas de los nuestros dice el Tridentino (1) que contienen y dan la gracia, obrando dentro lo que representan de fuera.

Y si esto pasa en los otros Sacramentos con mucha verdad y provecho de quien los recibe, mucho mejor se efectuará en aqueste divinísimo Sacramento, que sin ninguna comparación excede a los otros Sacramentos (2), que mirados por sí son muy grandes; mas en comparación de éste son ríos pequeños, y todos le conocen ventaja, y se ordenan a él como medios al fin.

Y según hemos dicho, tan grandes son las señales de amor y regalo que aqueste Señor enseña a los suyos poniéndoseles encima de un plato para que lo coman, y entrándose con mucha verdad en sus entrañas; y necesariamente a tales muestras ha de corresponder grande efecto.

Y si aun falta nuestro entendimiento en saber estimar lo de fuera, ¿quién será aquel de tan pene-

---

(1) *Sess. 2, c. 6.*

(2) *Trid., sess. 13, c. 3.*

trativa vista, que conozca y nos dé nuevas del trato de este Señor con las ánimas de quien bien lo recibe en su cuerpo?

Por los efectos conocemos las causas, y también por las causas conocemos los efectos. Vemos un gran convite de diversos y preciosos manjares, y por allí sacamos que el tal convite costó mucho precio; y de la misma manera si vemos una ropa preciosa, unos edificios muy suntuosos, sacamos de allí que cosas tan grandes mucho costaron. Y, por el contrario, que un señor da a su criado mucha copia de oro para que haga un convite, o compre una ropa, o cosa de esta manera, sin que la hayamos visto, y aun antes que hagamos la tal cosa, la deseamos y estimamos en mucho, y decimos: «Grande y preciosa cosa será aquella para cuyo precio tanto dinero se da.»

Quien quisiere rastrear algo de los grandes dolores y penosa muerte de Jesucristo, sáquelo por el excelente convite, por la benignidad nunca oída ni vista, por la grande consolación que en este Sacramento se nos muestra, y bienes que se nos dan; y verá que cosa tan alta y tan desproporcionada a nuestro entendimiento, tan liberalmente comunicada con nos, no pudo ser sin que mucho costase a Cristo, pues los bienes que a nosotros vinan quiso Dios que los comprase Él, y con justísimo precio, *y no de dineros, sino de sangre y de su preciosísima vida.*

Y así, por el contrario, si no tenemos aquella limpieza de vida y viveza de espirituales sentidos que por la gracia del Señor tienen algunos, con que entrando Cristo en su cuerpo, luego sus ánimas sienten la eficacia del Señor que en ellos entró, y dicen de corazón: *Mi ánima se ha regalado en oyendo hablar a mi Amado (Cant., 5, 6)*; a lo menos atinemos algo de este amorosísimo y provechosísimo trato que, siendo recibido, tiene con los que bien le reciben, de lo mucho que le costó, para que ellos fuesen consolados y bien tratados.

Tiene Cristo dos cuerpos: uno el que recibió de la Virgen; y otro somos nosotros. Quien quisiere saber cómo trata a aquel cuerpo que lo recibe bien en el Sacramento, acuérdesse cómo ofreció el Señor su propio Cuerpo a ser rigurosamente tratado en el tiempo de su Pasión; porque a la medida de aquel rigor es la blandura de su trato. Dice David (*Ps., 93, 19*): *Según la muchedumbre de mis dolores en mi corazón, tus*

*consolaciones alegran mi ánima.* La cual alegría no sólo fué dada a su propia ánima en la resurrección, mas también la da a las nuestras; que, según hemos dicho, por la unión que hay entre Él y nosotros, nuestras ánimas llama suyas (3). Él es la *pedra* golpeada y herida con diversos dolores, y de ella salió *miel* (Ps., 80, 17) con que *son hartos* los que bien lo reciben, aprovechando y consolando a quien bien comulga, y le da, según su flaqueza, la pcsada de[ ] corazón bien aparejada.

## 2.—*Magnificencia de Cristo con los que le albergaron.*

Usada cosa es de Él pagar bien a sus huéspedes; que así lo hizo con la primera que lo recibió y trajo en su vientre, que es la sacratísima Virgen María; pues que Raab, mesonera, fué galardonada por recibir los mensajeros de Josué (Jos., 6, 23), figura de Jesucristo nuestro Señor.

Santa Isabel lo recibió, no en sus entrañas como nosotros, mas en su casa, entrando la Virgen en ella; y la paga fué henchir de consolación a la madre y de gracia al niño que estaba en su vientre (Lc., 1, 41).

¿Qué diré de cuánta honra pegó al portal de Belén donde nació, al pesebre donde fué reclinado?

Y después de grande, siendo convidado y hospedado su sacratísimo Cuerpo, hacía grandísimas pagas en bienes del ánima. Recibióle Zaqueo en su casa, y salva su ánima (Lc., 19, 9). Y convidanle las dos hermanas, y resucita a su hermano (Jn., 11, 43). Y por concluir, la cruz y sepulcro que lo recibieron fueron llenos de honra, según su capacidad.

¿Quién será tan desconfiado, que viendo tantos ejemplos de buena paga a los que lo recibieron siendo chico y siendo grande, no espera, si bien se apareja, y no creerá que a los que bien se aparejan el Señor recibido de ellos les hará muy grandes mercedes?

No hay hombre rico, si tiene misericordia, que entre en un hospital donde hay muchos enfermos necesitados, que no se le muevan sus entrañas con misericordia, y eche mano a su bolsa, y conforme a su posibilidad y caridad que Dios le dió, y necesidad de

(3) Véase *Tratado* 10, donde pone en boca de Cristo las palabras del Salmo: *Sana mi alma...*

los pobres, les haga merced. En ninguna razón cabe, que pues las obras de Dios no son ociosas (pues ni sus palabras lo son) (*Is.*, 55, 11), ésta que es tan admirable, y que espanta al cielo y tierra, como recibir la criatura a su Criador por modo tan extraño, deje de hacer grandísimos efectos en quien bien lo recibe.

No, Señor, no venís Vos en balde, no son fingidas las muestras de amor que aquí nos mostráis; mas, según vuestra antigua costumbre, mayor es lo que de dentro tenéis, que lo que de fuera parece. Y quien quisiere, como la reina Sabá, acercarse a Vos y meteros en sus entrañas, sentirá de Vos mayores cosas, que la otra de Salomón; y con mucha más razón saldrá de sí con admiración, y dirá (*3 Reg.*, 10, 6): *Mayores son tus obras que tu fama; aunque mucho se dice de Ti, lo menos es de lo que en Ti hay.*

¡Oh qué perdemos los hombres, Señor, por amar la maldad, o por amar el bien con tibieza! Porque si esto no fuese, sentiríamos alguna poca de dulzura, pues metemos la miel en la boca; y quedaríamos con algún calor que se nos pegase de Ti, que eres fuego infinito; y diríamos como Santa Mónica después de te haber recibido: «Volemos al cielo, fieles, volemos al cielo.» Quien siente, Señor, tu dulcedumbre dentro de sí, olvida la transitoria, y amárgale más que la hiel; esle carga estar en el mundo, pierde el desmayo que le causan sus pecados, confía ser amado de quien tan piadosamente lo trata; ama al Señor que lo ama, y desea con grande deseo ser desatado de las cadenas de esta vida y volar a Ti.

Hablando particularmente de algunos efectos de la Comunión sagrada, y de la admirable paga que este Señor da a los que bien le reciben (pues de todos no podemos, por ser innumerables), diremos ahora de alguno, y después de otros. Si durase el decir hasta la fin del mundo, aun entonces faltaría tiempo, y no que contar de las mercedes que nos vienen por este Señor; si le damos buena posada, no tienen tasa, no término; que de éstas se entienden: *Las misericordias del Señor cantaré para siempre* (*Ps.*, 88, 1). ¿Quién hablará en tiempo lo que da materia para contar y gozar y alabar a Dios *para siempre*? Comencemos en esta vida a gozar tales mercedes; comencemos a las agradecer, y a cantar a Dios alabanzas por ellas; y alenémonos para no perder por nuestra negligencia bienes tan preciosos y paga no menos que eterna.

Señor, ¿cómo trata vuestra Majestad allá dentro en las entrañas *al pobre, al siervo, al bajo*, cuando, habiéndose bien confesado, viene a recibirnos y os recibe en sus entrañas? Algo, Señor, algo de lo mucho que hacéis con él, enseñad a mi corazón, y despertad mi lengua; abrid las orejas del cuerpo y del ánima de aquestos que me han de oír, para que, convidados con el provecho y dulzura de vuestro buen tratamiento, nos esforcemos a echar de nuestras ánimas toda maldad, y ataviar nuestras casas con las virtudes, para que siendo Vos recibido en casa, que os agradezcamos nosotros [ser] recibidos de Vos en vuestras entrañas, y descansemos en Vos.

3.—*Cristo se nos da por Cabeza, y con Él todos los bienes.*

Comencemos por aquí: Comemos al Señor, y, según se ha dicho, cómenos Él a nosotros, como lo fuerte a lo flaco, e incorpóranos en Sí haciéndonos miembros suyos; o si ya lo estamos hechos, júntanos más consigo, haciéndonos más perfectamente partes de su sagrado Cuerpo místico. De manera que lo que obra-re con ellos será oficio de cabeza con miembros, pues los toma por tales. ¡Dichosa suerte, por cierto! que no se contentó la divina Bondad con dar a los hombres gracia que les alumbre, virtudes que los esfuer-cen, para que ellos así ayudados obren *como principales cabezas* obras de vida agradables a Dios; mas para mayor honra de ellos y de sus obras, y para que más ciertamente acertasen en ellas, dióles *otra Cabeza* que los gobernase, rigiese y moviese a bien obrar, como una cabeza rige y mueve a los miembros del cuerpo; y quiso que la tal Cabeza fuese Cristo.

Este es el Pastor prometido del Padre para regir sus ovejas (*Ez.*, 34, 23), y dichoso aquel que con David puede decir: *El Señor me apacienta; ninguna cosa me faltará; en el lugar del pasto, allí me ha colocado: sobre las aguas de hartura me ha mantenido, y esforzado ha mi ánima y tornádola a su lugar (Ps.*, 22, 1-3). ¿Qué puede faltar al cristiano a quien Dios apacienta en su Iglesia con el manjar de su sacratísimo Cuerpo, y juntamente con Él le da a beber su sacratísima Sangre?

Voz grande es: *No me faltará nada; mas podemos*

con mucha razón decir y esperar, que pues el Señor nos da a Sí mismo, todas las otras cosas, como menores, también las dará. Si el Rey se nos da, no es mucho [que] con Él venga el reino; y si participamos de su sacratísima Persona, no es mucho que seamos participantes de sus merecimientos, y de sus bienes espirituales y temporales; que esto nos promete la divina Escritura, como otra Rebeca al criado de Abraham, diciéndole: *Entra, bendito del Señor, ¿por qué estás fuera?; que no solamente hay posada para ti, mas también mucho heno y paja para tus camellos* (Gen., 24, 31).

¡Oh ceguedad humana! que por no conocer o no querer las sobras (4) de bienes para cuerpo y ánima, para lo presente y lo por venir, y finalmente para todo lo que ha menester, que hay incorporándose en Jesucristo nuestro Señor, se quedan sin ellos por estarse fuera, fiados de sí mismos, amadores de su voluntad; y por no abajarse con la debida obediencia a entrar por la puerta humilde que es Cristo, verdadera arca de Noé, que libra de muerte, verdadera casa de Dios donde hay abundancia de justicia, paz y gozo del Espíritu Santo, se quedan tiesos en sí mismos, y los ahoga el diluvio, y son lanzados en las tinieblas de fuera, porque no quisieron entrar en la casa de la luz, que es Jesucristo.

Sentía bien David la grandeza de esta merced cuando, admirado de que Dios se quería encargar de cuidar y gobernar a los hombres, exclamó diciendo: *Bienaventurada la gente de la cual el Señor es su Dios, y el pueblo que cogió en heredad para Sí* (Ps., 32, 12). Dime, hombre, ¿quién labrará mejor tu heredad para que lleve más fruto? ¿Quién la guardará mejor de las bestias y de los caminantes, Dios o tú? «Muy mejor —dice San Dionisio— nos está ser de Dios, que ser nuestros; porque ahora miremos al poder, o al saber, o al amor, estamos muy mejor en sus sacratísimas manos que en las miserables nuestras.»

Ven, ven y ofrécete a Jesucristo, mata tu vida pasada con el cuchillo del verdadero dolor; avergüénzate y confiesa tus males delante sus sacerdotes, a quien dió poder de perdonar los pecados; ven al altar con reverencia profunda, cual se debe a tal Majestad.

---

(4) *Las sobras*: la sobreabundancia.

esforzado con la confianza de su misericordia, encendido con el amor de su suma bondad; recibe al Señor y queda por suyo; y experimentarás cuán bien sabe labrar su heredad, cuán bien da de comer a sus ovejas y regala su cuerpo, cuán sabia y poderosamente lo guía y lleva por los caminos y obediencia de la Ley de Dios. *Lievóme*—dice David (*Ps.*, 22, 3)—*por las sendas de justicia*, no por mi merecimiento, sino por su nombre. Y de Jacob dice la Escritura: *Al justo guió el Señor por caminos derechos, y enseñóle el reino de Dios; dióle conocimiento de cosas santas, enriquecióle con trabajos, y, en fin, le dió fin a ellos, favorecióle contra los engaños de quien lo quería engañar, y procuróle una fuerte guerra para que saliese vencedor de ella* (*Sap.*, 10, 10-12). Grande bien es por cierto ser tan derechamente guiado, tener esfuerzo para tales trabajos, de los cuales se le siguió mucha riqueza; tornarle en bien los engaños de su suegro Labán (*Gen.*, 30), y dar fin a su destierro y trabajos tornándole a su propia tierra, y hacerle que luchase en el camino con un Angel, y que fue[se] vencedor de él ¿Quién habrá que no desee otro tanto, mayormente siendo estas cosas figura de los bienes espirituales y eternos?

Mas miremos bien; por ventura hallaremos el medic por donde este hombre alcanzó tantos bienes, para que, imitando nosotros a él, alcancemos lo que él alcanzó. Salió de su casa por obra de sus padres a peregrinar en tierras ajenas, amenazado y perseguido de su hermano Esaú; y viniendo a reposar en un cierto lugar, echóse en el suelo a dormir, y reclinada su cabeza en una piedra, allí vió los misterios del cielo, y oyó voz de Dios que le prometió grandes mercedes, y entre otras le dijo: *Yo seré guarda tuya dondequiera que fueres, y te tornaré a esta tierra, de la cual ahora te partes, y no te dejaré hasta que haya cumplido todas estas cosas que te he prometido* (*Gen.*, 28, 15).

¡Oh misterios de Dios! La fortaleza que tiene San-són para, siendo uno solo, poder más que millares de filisteos, consiste en que *sus cabellos estén apegados a su cabeza* (*Jud.*, 16, 17); y los bienes que alcanza Jacob le vinieron de *reclinarse su cabeza encima de una piedra* (*Gen.*, 28, 11); aquella *piedra* que herida dió agua, con que gran muchedumbre de gente y de animales apagó su sed (*Num.*, 20, 11); aquella *piedra*, de

la cual dice David: *Cuando mi corazón se angustiaba, en la piedra me ensalzaste* (Ps., 60, 3); aquella *piedra* fundamental que sustenta todo el edificio de la casa de Dios, prometida de enviar al pueblo de Israel, *piedra angular, piedra preciosa, piedra escogida* (Is., 28, 16); *quien en ella creyere no será confundido*, como dice San Pedro (1 Petr., 2, 6); porque esta *piedra* no es de las canteras de acá, mas es *Jesucristo* nuestro Señor, como dice San Pablo (Eph., 2, 20). Arri-móse Jacob a ella, poniendo en ella su cabeza, que es su fe, su esperanza, su amor, y así fué espiritualmente incorporado en Cristo, y regido, y defendido, y enriquecido de Él como miembro vivo de tan excelente, poderosa, sabia y benditísima Cabeza como es Jesucristo.

#### 4.— *Cristo ejecuta y avalora nuestras buenas obras.*

Este es el que mueve a los suyos con grande acertamiento y fortaleza a bien obrar. Porque en el rebaño de sus verdaderas ovejas que le creen y le aman, *ninguna hay estéril*, todas dan fruto de buenas obras, y *fruto doblado*, como dice en los *Cantares* (6, 5), porque honran a Dios y aprovechan al prójimo; hacen bienes con alegría de amor, y padecen males con igualdad de paciencia. Él les influye virtud, movimiento y espiritual sentido, a semejanza de la cabeza corporal a su cuerpo. Él habla en ellos, como lo testifica San Pablo diciendo: *¿Por ventura queréis tomar experiencia de que Cristo habla en mí?* (2 Cor., 13, 3). Y el Señor dijo a los suyos: *No vosotros elegisteis a Mí, mas Yo escogí a vosotros* (Jn., 15, 16). Y en otra parte dice San Pablo: *Vivo yo, mas ya no yo, mas vive Cristo en mí* (Gal., 2, 20): como si dijera: «Es casto en Mí, y en Mí es humilde, ayuna, es perseguido, y obra semejantes obras que se llaman de vida.»

Y en este sentido dice San Agustín: «Cristo es criador de nosotros, Cristo ora por nosotros, Cristo ora en nosotros: lo primero es en cuanto Dios, lo segundo hace como hombre por Sí mismo sin nosotros, lo tercero hace como Cabeza en nosotros, moviéndonos como a cuerpo suyo a orar.» De manera que, como San Pablo (Col., 1, 24) llama *pasiones de Cristo* a las que él padecía, y decía que *aun no eran acabadas* sus pasio-

nes; y el mismo Señor, aun reinando e impasible en el cielo, dice que *ha hambre y sed, y pasa trabajos* en la tierra (*Mt.*, 25, 40), porque lo pasan sus miembros, y *es perseguido* en ellos (*Act.*, 9, 4); así también podemos decir que tampoco son acabados sus bienes, sus milagros, sus sermones, la obediencia a su Padre, sus ayunos y su paciencia en los trabajos. La Cabeza gloriosa padece hasta el fin del mundo en su cuerpo místico que anda peregrinando en la tierra; y aunque la obediencia y servicios al Padre, que a Cristo le fueron impuestos, sean acabados, mas hasta el fin del mundo predica en los suyos, y hace milagros, y ama a su Padre que le envió.

Y es de notar, que la divina Escritura no sólo afirma que Cristo habla y obra en los suyos, mas también dice del *Espíritu Santo*, que *pide por nosotros con gemidos que no se pueden contar* (*Rom.*, 8, 26). Y es frase de la Escritura decir que hace Dios, y no el hombre, lo que el hombre hace ayudado con el favor y gracia del mismo Dios. Y en este sentido dice San Agustín: «Cuando el hombre, por particular don de Dios, conoce a Dios en las criaturas, Dios es el que las conoce, y no el hombre.» De manera que hallamos conveniencia en estas palabras: «Cristo habla en nosotros, el Espíritu Santo pide por nosotros, y habla en nosotros.» Cristo obra en nosotros; por el cual reciben nuestras obras un tan grande valor y merecimiento, que nuestros ojos no llegan a saberlo mirar.

¿Quién dirá la diferencia que hay de un poco de pan que toma el sacerdote en las manos antes de lo consagrar, a lo que es y vale después de consagrado? Algún valor tenía primero, pues es criatura de Dios, aunque insensible; mas, sin comparación, es su honra mayor después de convertido en el santo Cuerpo de Jesucristo nuestro Señor. Y a semejanza de esto, una obra buena de *un libre albedrío* no carece de alguna bondad, que por vía de naturaleza es alcanzada; mas será como valor de plomo o de hierro. Y si esta obra es hecha de hombre que Dios por su gracia ha tomado por *hijo adoptivo*, excede sin comparación al propio valor, como si un anillo de plomo o de estaño delgado fuese todo engastonado con gran copia de oro. Mas si consideramos que allende de todo esto, esta obra no sólo es de hijo adoptivo de Dios, mas de *Jesucristo* nuestro Señor, Dios y Hombre, Hijo natural del Eterno Padre, veremos que el anillo, que era pre-

cioso por ser obra del adoptivo, es preciosísimo por ser obra del natural. Y con mucha razón, pues excede mucho una dignidad a otra, aunque el tal hombre libremente haga la obra y sea ayudado de la gracia de Dios; mas es tanta la unión de la Cabeza—que es Jesucristo—con él, y tanta la principalidad de obrar con él y de moverlo como Cabeza a su vivo miembro, que con justa razón, aunque la obra sea hecha de entrambos, se dice con mucha verdad ser más obra de Cristo, que obra del hombre; y de aquí le viene tan grande valor, que ninguna cosa es razón que se le niegue.

En la Vieja Ley (*Lev.*, 7) mandaba Dios que cuando el hombre lego fuese a ofrecer sacrificio o víctima de paz, que tomase él en las manos el pecho y la grosura del animal y lo alzase en alto ofreciéndolo a Dios, y que el sacerdote pusiese sus manos debajo de las del hombre lego, y juntándolas con las de él, le alzase las manos hacia arriba; y yendo de esta manera, era recibido el tal sacrificio, y agradable delante de los ojos de Dios. Cristo es *Sacerdote para siempre, según la orden de Melquisedec* (*Ps.*, 109, 4; *Hebr.*, 7), que ofreció pan y vino. Y aunque Él en su propia Persona no consagró ni ofreció su santísimo Cuerpo más que una vez, mas hácelo cada día hasta el fin del mundo por medio de sus sacerdotes. Y lo que hace por medio de ellos cerca de su santísimo Cuerpo, hace también ofreciendo y santificando a los miembros vivos que son su místico amparo. Abel, en figura de este Señor, ofreció a Dios corderos de los mejores de su manada (*Gen.*, 4, 4). Y el verdadero Abel, que es Jesucristo, ofrece a su Padre los buenos cristianos y sus buenas obras, juntando sus merecimientos, que son sus santas obras, con las obras de ellos, y así las levanta delante del acatamiento del Padre ofreciéndoselas y pidiendo les sean galardonadas.

¡Oh benditísimo Jesús! ¿Cómo dejará de agradar a los ojos de vuestro benditísimo Padre el ayuno, limosna y buena obra que Vos con vuestras santísimas manos le ofrecéis, y no como ajena, mas como vuestra? ¿Quién fuese digno de hallarse presente a tal ofrenda, donde el sacerdote que ofrece es Jesucristo, y a quien ofrece es el Padre, y lo que ofrece es una buena obra que un buen cristiano hizo, y lo que dice es: «Séaos, Padre, agradable esta obra mía, y galardonadla como mía, y el galardón es para Mí»?

¡Oh entrañas de amor, que llegaron hasta juntarnos tanto contigo, que Tú obras en nosotros, y das tu valor a nuestras obras, y en el tribunal de Dios sean estimadas y recibidas por tales, y que seamos uno nosotros y Tú, que así como los males que nos hacen dices Tú que son hechos a Ti, así el galardón que pides para nosotros en pago de las buenas obras, dices que es para Ti! «Págame, Señor, a Mí esta buena obra que Yo hice.» Es tu modo de interceder por nosotros tan valeroso delante del tribunal de Dios, que *por vía de justicia* no se te puede negar lo que pides. Cuánta verdad dijo David: *En la piedra me ensalzó, y ensalzó mi cabeza sobre mis enemigos* (Ps., 26, 6).

Oye, cristiano, entiéndelo bien; da gracias al Señor que tanto te honró a ti y a tus buenas obras, que las toma en sus manos conociéndolas por tuyas, y como por tales pide que sean galardonadas. Porque si tu ignorancia o pusilanimidad, o el demonio con desconfianzas te quiere estorbar o entibiar la diligencia y cuidado de hacer buenas obras, haciéndote entender que no valen nada, y que es atrevimiento y locura por tales nonadas esperar eterno peso de gloria, no lo creas, no aflojes, haz a sabiendas más buenas obras, y dile a quien te desmaya, que tus obras, mirando que salen de ti, son de poco valor, como el pan antes de ser consagrado; son como un anillo de muy bajo metal, indignas de ser presentadas delante de Dios y ser galardonadas con gloria por Él. Mas di: «Bendito sea Jesucristo mi Señor, que tomó en sus manos *cinco panes de cebada, y dos peces* (Jn., 6, 9); y por la virtud que en ellas había, fué aquel bajo y poco manjar multiplicado y hecho bastante para hartar millares de gentes; y las mismas manos consagraron el pan y el vino en su sacratísimo Cuerpo y preciosísima Sangre; y su virtud lo hace cada día, mediante las manos de los sacerdotes.»

Este Señor ensalza tanto a los suyos juntándolos consigo mismo, a semejanza de un cuerpo con una cabeza, que el bien que hacen ellos lo hace Él con ellos; y por esta parte, lo que de sí era de poco valor, es preciosísimo, y meritorio de vida eterna aunque sea rezar un Avemaría, aunque [sea] dar por amor de Dios *un jarro de agua fría* (Mt., 10, 42) u otra cosa menor, con que sea buena, y hecha por hombre que

está en gracia, incorporado en el Cuerpo de Jesucristo y que goza de renombre de miembro vivo suyo, y que en valor se llama CRISTO (5).

---

(5) No se puede enaltecer más el valor de las buenas obras, ni poner más poderoso estímulo a bien obrar contra el inmoral error de Lutero, que exaltó la fe sola, y, teniendo en menos las buenas obras, desencadenó el libertinaje.

## TRATADO 26

### ¡ACORDAOS DE MÍ!

*Hoc facite in meam commemorationem.*

Haced esto en mi memoria.

(Lc., 22, 20.)

#### 1.—*Gran remedio la memoria de Dios.*

Cuando en la sagrada Escritura oyéredes alguna palabra que Jesucristo diga para que lo tengamos en la memoria y se nos acuerde de Él, podemos pensar que lo hace por una de dos cosas: o porque es tan celoso que, por lo que cumple a Él, quiere que no le olvidemos, porque de ello se le sigue interés; o, mirándole con otros ojos, pensemos que es tan amoroso y manso que nos lo manda por nuestro provecho. y porque Él sabe el gran bien que de hacerlo se nos sigue.

Lo primero, es imposible caber en Dios que diga: Acordaos de Mí, porque yo gano algo de ello por el bien que tengo yo de haber. ¿Por qué? Porque si Dios pudiese ser una migajita más de lo que es, no sería Dios. Es Dios inmenso, infinito, perdurable, sumamente bueno. Asiente, pues, bien en el corazón quien a Dios quiere servir, que si Dios manda: Acordaos de Mí, *haced esto en memoria mía*, es por el grandísimo bien y provecho que de ello se nos sigue.

Hermano, mira; si Dios te dice: Sé pobre, no deeses las riquezas: sé humilde, no seas soberbio; si Jesucristo dice que sufras la deshonra, y no ames y quieras ser honrado; si te dice que dejes los malos deleites de la carne; si todo esto te dijere, asíéntalo en tu corazón, cree que te lo dice por tu bien, aunque tú no ves el bien que de ello se te siga.

—Señor, ¿qué es el bien que tengo yo de haber de esto? ¿Para qué, Señor, decís que os tengamos en la memoria?

--Para que sepas, cristiano, y tengas fijado en la memoria: «Los ojos de Dios me miran. Si en mi casa, los ojos de Dios me están mirando. Si en mi retraimiento encerrado, donde pienso que nadie me ve, los ojos de Dios, que resplandecen más que el sol, me están acechando.» Y teniendo esto en tu memoria, digas: «¿Cómo delante de tan soberana Alteza tengo yo de hacer cosa tan baja y vil? ¿Cómo delante tan profunda limpieza pensaré yo pensamiento tan sucio? ¿Cómo teniendo yo a Jesucristo delante mis ojos, que es suma humildad, osaré ser soberbio?»

Si siempre tuviésemos en la memoria: «Los ojos de Dios me están mirando y están delante», no haríamos tantos males como hacemos. Los mozos perezosos, mientras sus amos están delante hacen lo que han de hacer bien hecho; en quitándose el amo de allí, luego se descuidan. Mientras el cristiano se acuerda de Dios, sabe que hay Dios que lo está mirando, está bueno, anda en el camino de Dios como ha de andar; está muy contento y consolado cuando se acuerda de Dios. En perdiendo a Dios de su memoria, luego se hace flaco, tibio, luego desconsolado, luego le pesa cada pie un quintal para entender en cosas de Dios. ¡Grande remedio, hermanos, para las ánimas y cuerpos es tener a Dios en la memoria!

## 2.—*Dulce recuerdo de la Pasión de Cristo.*

Dios siempre está presente, pero nosotros muchas veces nos olvidamos de estar. *Haced esto en memoria mía.* ¡Grande remedio para los corazones afligidos y ánimas enfermas! Grande medicina, grande consuelo para desconsolados; que es acordarse siempre de Jesucristo y tenerlo en la memoria. ¿Pues qué es esto, hermanos, que lo que Dios ordenó para nuestro alivio, y aquello sin lo cual nadie puede haber contento, les es a algunos tanta pesadumbre, y lo tienen algunos por carga tan pesada, que rato por rato, querrían más estar en esos tormentos que dan en esas cárceles? Hay hombres tan desasosegados en sus vicios, que ni quieren oír sermones ni palabras santas, ni leer cosas buenas, ni aun querrían saber si hay Dios.

¡Oh bendito seas Tú, Señor por siempre, y tu misericordia, y bendita la hora en que tuviste por bien de hacerte hombre por amor de los hombres! Antes que Dios se hiciese hombre estaban tan temerosos los hombres, consideraban a Dios alto, poderoso; veían que era tan justiciero, que nadie se la hacía que no se la pagaba; no querían aun acordarse de Él. ¿Qué hace la Sabiduría eterna? Viendo que ser Él inmenso, y tan grande, que su grandeza les era causa que los hombres se extrañasen de Él, acordó Dios de hacerse hombre, para que viéndolo hecho hombre, viéndolo humilde, viéndolo acá hablar y conversar con ellos, lo tuviesen siempre en la memoria, y lo amasen y no se les cayese del corazón. Y no sólo se contentó con esto; pero viniendo al mundo, cansóse, hubo hambre y sed, y trabajo por amor de los hombres. Y demás de esto, quiso tanto a los hombres, que quiso morir, puesto en cruz, la más abatida y deshonrada muerte que se pudo padecer; todo porque el hombre no olvidase a Dios.

*Haced esto en memoria mía.* Mira, cristiano, mira, ánima, que te dice Jesucristo que te acuerdes de Él. Esfuézcase mucho una ánima flaca y cansada con pensar en la Pasión de Jesucristo. ¡Oh hermanos, qué consuelo y qué alivio, qué remedio para nosotros! Piénsalo, hermano, por reverencia de Él mismo. Jesucristo rico, míralo pobre por amor de ti; Jesucristo honrado, deshonrado por amor de ti; Jesucristo alto, humillado por amor de ti; Jesucristo la misma vida, muerto por ti. ¿Qué consuelo hay, hermanos, que se compare a tan gran consuelo como éste? Aquí, hermano, hallarás remedio para todo lo que no tiene remedio. Quien se viere deshonrado, vaya a la cruz de Jesucristo, y verlo ha deshonrado, y hallará honra. Quien estuviere con tanto rencor que no pudiese consigo acabar de perdonar a un prójimo que le hizo una injuria, váyase a la cruz de Jesucristo, y verá cómo puesto en ella está rogando al Padre que perdone a los que allí le pusieron. ¿Eres tentado de la carne? Vete, hermano, a la cruz de Jesucristo, y verlo has de arriba abajo desollado y corriendo sangre; y viendo tú que la limpiísima carne de Jesucristo está desollada y corriendo sangre, y que los azotes crueles no dejaron en ella cosa sana, no querrás ofender con tu sucia carne a la carne limpia de Jesucristo. Piensa, hermano, en la Pasión de Jesucristo, y hallarás remedio para tu ánima.

Figurado estaba (*Eccli.*, 49): *Memoria Josiae in compositionem odoris, facta est opus pigmentarii; in omni ore quasi mel indulcabitur ejus memoria.* La memoria de Josías, memoria de Jesucristo; aquélla, figura era, sombra era que significaba otra cosa. La memoria de Jesucristo *se ha hecho una poma de olores*: ¡bendita sea su misericordia! ¿No dicen los filósofos que con olores se podrá un hombre sustentar algún poco, prolongar la vida por algún rato? ¡Oh qué poma tan preciosa y tan sustancial el Cuerpo de Jesucristo en la cruz! Huele, hermano, aquesa poma, piensa en la Pasión sacratísima; refrescarse ha tu ánimo; sustentarse ha, recibirá nuevas fuerzas. Piensa una vez y otra en la Pasión de Jesucristo; huele esa poma; saldrán unos olores tan suaves, tan confortativos y tan sustanciales, que con aquellos solos olores tu ánimo se sustente.

Y esta memoria *se ha hecho más dulce que la miel en toda boca*; no hay panal de miel tan dulce. El ánimo del cristiano recibe gran sabor en pensar en la Pasión de Jesucristo.

Y mira que dice *en toda boca*, no dice en una boca sola, ni en pocas, sino en todas; para darnos a entender que ninguno sea tan cobarde ni tan para poco, que no se atreva a pensar en ella, diciendo: «No es para mí.» Para todos es; quien quisiere allegarse a ella, hallará sabor muy excelente. La Pasión de Jesucristo para todos fué; su muerte por todos pagó; su Sangre, precio fué con que todos quedamos rescatados. Por malo y pecador que uno sea, no por eso ha de dejar de llegarse a pensar en esta Pasión; antes mientras más pecador, más necesidad tiene de esta medicina. Y no desconfíe nadie, como Caín y Judas, diciendo que es tan pecador que no piensa hallar remedio. «Más es el precio, y sin comparación mayor el tesoro con que fuimos redimidos, que los pecados que se pueden pecar; mayor bien es la Sangre de Jesucristo, que no el mal y las ofensas que contra Dios cometemos» (1).

### 3.—*La Pasión de Cristo, recuerdo eficaz.*

—Pues, Padre, si es así que la Pasión de Jesucristo es bien general para todos, ¿qué es la causa que unos

(1) Inocencio, Papa.

gozan de la Pasión, y otros no? ¿Por qué hay muchos que ahora se van al infierno?

—La causa es que unos tienen la Pasión en la memoria, y se acuerdan de ella, y aman al que la pasó, y otros la tienen olvidada. No hay, hermano, otra causa sino ésta; que los unos, por gozar de tanto bien, se acuerdan de ella, y otros, olvidados de ella no les aprovecha. De manera que para que la Pasión de Jesucristo nos aproveche, hemos de pensar en ella y no la habemos de olvidar.

¿De dónde vino, veamos, que en tiempo que perseguían a los cristianos, doncellas tiernas y niñas sufrían tantos tormentos y muertes por no negar a Jesucristo? ¿De dónde nació que a [Santa Inés] una doncella de trece años, de una parte le ponían muchas sayas de sedas y joyas de oro, y prometían que sería reina de la tierra porque no confesase a Jesucristo y le decían: «Estos bienes te daremos porque niegues a Jesucristo»: y de otra parte le ponían fuego, diciéndola: «¡Niega, niega a Jesucristo!, y si no lo quieres negar, te hemos de echar viva en estas llamas ardiendo»? ¿Qué era la causa que la doncella menospreciaba todas aquellas riquezas y decía: «¡Quitádmelas allá, que me huelen mal! Mi honra y mis riquezas y todo mi consuelo no es otro sino que mis carnes sean peinadas con crudos peines de acero, y ser toda despedazada, por amor de Jesucristo crucificado»? ¡Oh bendito seas Tú, Redentor mío, que una doncella tierna osase menospreciar todo lo de esta vida, y las riquezas de ella, por seguirte a Ti desnudo en la cruz! ¿Qué era esto? Que tenían siempre delante sus ojos, y fijada en el corazón la muerte de Jesucristo.

Pero que no goce de esta Pasión quien no se acuerda de ella, no es maravilla. ¡Desventurada del ánimo, que es tan desdichada, que la Pasión de Jesucristo no le da consuelo! ¡Triste de aquel que habiendo Jesucristo derramado su Sangre por él, y dado Él su vida por amor de su ánimo, se va al infierno, como si Jesucristo no hubiera muerto por él! ¿Qué es la causa que no quiere aprovecharse de lo que ganó Jesucristo por él? ¡Oh ciego y mezquino de ti! ¿Qué andas a buscar? ¿En qué entiendes? ¿En qué pasas tu vida? Si en la Pasión de Jesucristo no hallas remedio, ¿dónde le piensas hallar? Si Dios no te sabe bien, ¿qué buscas que bien te sepa? Todos cuantos se quisieron aprovechar del tesoro de la Pasión de Jesucristo halla-

ron remedio, hallaron consuelo y alegría. Todo hombre atribulado que estuviere sin consuelo, que tuviere alguna tribulación, por grande que sea, piense en este tesoro, mirese en este espejo, acuérdesese y tenga memoria de la Pasión de Jesucristo, y luego se sentirá aliviado de todo lo que le daba pena.

Decía David (Ps., 41): *Ad me ipsum anima mea conturbata est; propterea memor ero tui de terra Jordanis, et Hermoniim a monte modico.* Mi ánima afligida y conturbada en mí mismo, porque estaba muy fatigada, por eso pensé en el río Jordán; acordéme de Ti, Señor, de la tierra de Jordán, y donde Jesucristo había de ser bautizado. Y también me acordé del Monte chiquito, del monte Calvario, donde Jesucristo fué crucificado; monte bajo, donde lo alto fué tenido por bajo, donde aquel mansísimo Cordero Jesús fué crucificado, adonde la verdadera honra fué deshonrada; allí, de aquel monte donde se hizo nuestro rescate; de aquel monte, Señor, me acordé; aquél tuve en mi memoria. No creo yo que hay ánima tan dura, ni corazón tan de acero, que no se enternezca y ablande con el pensamiento de la Pasión de Jesucristo. ¿No has leído que, al tiempo que Jesucristo murió, las piedras duras se quebrantaron y se hicieron pedazos?, que quiere decir, que la Pasión de Jesucristo es tan pesado martillo, que no hay quien en ella piense que no se deshaga de amor, y se le rasguen las entrañas de compasión. Por los hombres murió, que no por las piedras. Y si las piedras duras no pueden recibir golpe sin hacerse pedazos, ¿es razón que seas tú tan duro, y tengas el corazón tan cruel, que aun no hagas lo que una piedra hace? Vete, pues, hermano, al monte Calvario, mira a Jesucristo en la cruz y hallarás consuelo y regocijo para tu ánima, hallarás salud para todas tus enfermedades.

Figurado estaba en los *Números* (21) cuando mandó Moisés alzar en alto en un madero una serpiente de alambre, y dijo que todos los que se hallasen mordidos de víboras mirasen la serpiente que estaba en lo alto, y que luego sanarían. Así, así, hermano mío, cuando te sintieres picado de la víbora mira a Jesucristo en la cruz y sanarás de tu llaga. Cuando te sintieres picado de la víbora (1596) con la gula, alza los ojos a Jesucristo hambriento en la cruz, y sanarás de esa llaga. Cuando te picare la víbora ponzoñosa de la soberbia, mira al humilde Jesucristo en la Cruz. Cuan-

do te persiguere la deshonra o persecución alguna, mira a Jesucristo perseguido y deshonrado en la cruz. Cuando te sintieres con la llaga de la lujuria, mira la carne preciosa de Jesucristo, su Cuerpo enclavado y desollado en la cruz, y serás libre de la ponzoña.

La víbora que Moisés puso en el madero alto, de alambre, parecía serpiente ponzoñosa, pero ninguna ponzoña tenía. Figura era todo de Jesucristo bendito, para darte a entender que aunque Jesucristo, muriendo en la cruz y con tantos tormentos, parecía pecador y malo, no lo era. Parecía hombre pecador, abatido y despreciado; pero era hombre sin pecado, y verdadero Hijo de Dios. *Hoc facite in meam commemorationem.* Por carne caímos, por carne nos levantamos. Porque la carne del primer hombre pecó, fuimos privados de la gloria, y desterrados del paraíso terrenal; vino Jesucristo nuestro verdadero Padre, y por su preciosa Carne fuimos tornados en gracia y reconciliación de Dios, y coherederos con Cristo. Por carne anda el demonio, y trabaja él, y trabaja por llevarnos al infierno; y por carne quiere Jesucristo que vayamos al cielo.

#### 4.--*Quéjase Cristo de nuestro olvido.*

Viendo Jesucristo cuán poco nos acordamos de Él, y cómo lo tenemos olvidado, quéjase muy reciamente, quéjase que los hombres lo han olvidado como a muerto. Como acá entre los hombres en vida de uno mientras está presente se acuerdan de él, y en muriendo luego se olvidan de él, así dice Cristo nuestro Señor (*Ps.*, 30, 13): *Traditus sum in oblivionem tanquam mortuus a corde.* Por la memoria, las cosas pasadas son presentes, y sin ellas las presentes se olvidan. *Hanme olvidado como a muerto.*

Pues si los extraños olvidan al que se murió, la mujer no es razón olvide a su marido; la hija no es razón que eche en olvido la muerte de su madre; que un amigo entrañable es razón que no se le vaya de la memoria el amigo que mucho quiso. Que le olvide otra persona que no le ha nada, no es maravilla; pero los que son tan cercanos, afrenta y vergüenza grande es, por cierto, que tan presto olviden a quien viviendo tanto amaron. ¡Oh hermanos! ¿Quién ha habido en el mundo que con tanta razón se deba tener